

COVIDIARIOS

Aarón Alejandro Romo Arceo



COVIDIARIOS_

_aarón romo

Capítulo 1

UN DIARIO NO LLEVA PRÓLOGO, CREO, PERO BUENO...

Pocas veces cedí a la confidencialidad de un diario en el pasado; esas pocas veces equivalen a ninguna. Prefería ceder a una memoria que iluminara las sendas del pretérito y tal vez un poco los pasos peatonales de la ficción, porque cuando tu vida es más aburrida que el periódico siempre prefieres recordar los pasados sin fecha de personas lejanas a tu vida, de preferencia, personas fuera de cualquier campo de visión que no sea el tuyo, dentro de tu cabeza; pones tu cara en otro cuerpo, con otra ropa, con otro cabello, con una figura quizá más esbelta, y así te repites que no importan tus falencias dentro de la megalomanía de la madurez o las mordeduras de la vida adulta, ese pasado pudo ser tuyo. De cierta forma, he rehuído a implantar en mí un hábito como lo es desarrollar un diario; sí, desarrollar, dije; ojalá sólo tuviera que escribirse, ojalá sólo bastara repetir los tintes del cielo y del sol y el viento surcando los árboles y las mañanas y las tardes y las noches sucumbiendo a los relojes imparables de muñeca o de pared. Ojalá sólo bastara paladear con la memoria los desayunos, los almuerzos y las cenas, o las botanas subrepticias que con pundonor te comes para luego escribirlo en aquel hipotético diario o bitácora o cómo quieran llamarle. Poco o ningún reconocimiento tienen los diarios para algo más que los fines terapéuticos; y eso no evita que varios autores, nóveles o veteranos, usen su formato para desarrollar vidas ajenas a sus pertenencias. Pareciera inevitable; es casi seductor. Creo que todos queríamos hacer de cuenta que una vida que inventamos para un ser inexistente fue la nuestra. Un "Yo ficticio" es irresistible contra el "Yo real", porque te invita a pensar en el soldado que no fuiste, la maestría que no estudiaste, o en la pareja que no tuviste. Tal vez por eso la primera persona para algunos dentro de la ficción es más atrayente que el narrador voyerista y casi divino que es la tercera persona enajenada por contar días que no vive. Hay una simbiosis dentro de las historias narradas a manera de diarios, una que yo no creí poder hacer si era mi vida la que narraba. Me era más terapéutico inventar aquello que jamás estará en mis recuerdos, sino sólo en el papel, no porque mi vida fuera una mierda, sino porque era muy aburrida para sacrificar cualquier derivado de los árboles y la tinta.

Pero ahora... viví el año 2020. Ninguna vida fue aburrida durante esos cuatro dígitos. No sé por qué, pero sentí una necesidad de reconciliarme con la idea de la memoria entintada o engendrada con el lápiz; tal vez porque ahora he desarrollado mis habilidades como contador de historias, tal vez porque cedo a la tentación más seguido que antes... a las tentaciones de un hombre, no de un niño. No fingiré haber tenido una

cuarentena de terror, pero sí pude ser el observador que se iba a la cama temiéndole al mañana antes que a cualquier cosa, como todo el planeta.

Capítulo 2

"Los recuerdos desvirtúan. Son una interpretación, no un registro.

Y no importan si tienes los hechos."

- John Edward "Teddy" Gammell

Memento

Capítulo 3

(Este diario no estará narrado en días, sino en fragmentos que pueden estar conteniendo hasta una semana entera)(Este diario no estará narrado en días, sino en fragmentos que pueden estar conteniendo hasta una semana entera)

Capítulo 4

1

Wuhan. Lo estuve escuchando a inicios de este año; no de la boca en boca sino dentro de mi cabeza, pronunciándolo en ecos. Los periódicos digitales siempre mencionaban el nombre de esa ciudad. Hace algunos años, ni me habría interesado cómo se deletreaba; la política, geopolítica, y demás asuntos sociales otorgados a mejorar el mañana se me presentaban como asuntos de otros planetas; pero Wuhan, al final, fue un asteroide que colisionó no muy lejos.

No recuerdo con exactitud cuál fue el segundo país en oler las miasmas de la tierra del dragón, pero sí recuerdo que dejé de imaginarme cómo sería una guerra entre Estados Unidos y China, lejana de la masacre perpetrada con aranceles en lugar de plomo que el presidente que todos amaban odiar decidió comenzar, para preguntarme si una guerra bacteriológica había empezado.

La duda se disipó en lo que tarda el segundo aleteo de una mariposa. Hollywood siempre ha sido la mayor plaga mundial desde hace décadas; el mundo será, primero, lo que el 4K o los treinta y cinco milímetros digan, y después de que te pongas esos lentes de colores, el mundo será lo que en verdad puede ser. Soy consciente de que estoy infectado con la retórica blockbuster y que hace apenas unos cuantos años lo noté, por eso deseché cualquier idea propia del más mínimo rasgo de extremismo; así que me fui a dormir ese día simplemente contemplando que había una ciudad llamada Wuhan.

Capítulo 5

2

Es muy chistosa la manera en la cual contamos todas las propuestas de apocalipsis que la naturaleza, exterior o propia, nos ha brindado. Pertenezco a la generación que escuchó a los padres de otros que mil novecientos noventa y nueve era la cifra perfecta para dejar de actualizar los calendarios. El mito de la gran hecatombe del dos mil traerá recuerdos a más de uno; creo que David Cronenberg hizo una película al respecto; no la he visto.

Me enteré que hubo personas que le temieron a dicha leyenda urbana varios años después, cuando una nueva (e imprecisa) inminencia pronosticada por los mayas anunciaba un cataclismo que barrería con todo lo que el 2012 cargara. Apenas en el 2009 la cartelera de los cines ya contaba con una versión de alto presupuesto de lo que deparaba ese año según Roland Emmerich y su libre interpretación de la ciencia y las leyes naturales. Estoy seguro de que estuvo muy lejos de alterar nuestro sentido de la calma y nuestro gusto por las palomitas dentro de una sala de cine. El año 2000 fue puro humo, ¿cuántas probabilidades restaban que el 2012 fuera a explotar? Eran las mismas de que la obra de Emmerich tuviera lógica.

Pensé en John Cusack escalando un acantilado, a pesar de que la física no estaba de humor para darle chances de asomar esa mano con el mapa en la boca; pensé en que tenía mucho tiempo sin ver esa película cuando leí que estaban cerrando fronteras.

Capítulo 6

3

Trabajo como diseñador gráfico. No delataré a la empresa que me envejece la cara cada diez horas diarias, que aumentó la disponibilidad de mi predisposición por la dipsomanía y que hace que me duela la mandíbula cada vez que el estrés se extiende por milímetros. Yo también voy a cerrar fronteras a la desmesura y sólo diré que la paga es una mierda, pero me permite comprar libros, pesas para hacer ejercicio y relajar esa mandíbula estresada con whisky y vodka cada fin de semana; además de darme la posibilidad de abusar de mierda procesada en forma de pastelitos, galletas y frituras que no les hacen ningún favor a mis estrías ni al diámetro de mi estómago. Si no levanto pesas cuatro veces por semana sería una deformidad de precario andar.

Los días de trabajo ligero, son días en los que invierto para ver las noticias en periódicos digitales, unos más diestros que otros, unos más zurdos que otros, y hasta algunos ambidiestros. Sobraban los que vieron el aumento del valor de La Bolsa como una de las grandes proezas de Trump "La Bestia Naranja", y también seguían sobrando los que hicieron una vaga mención de ello, sin hablar de si les parecía bueno o malo, o si Trump podía lucirlo cual cabeza de alce cortada en su pared para la reelección en el (sin saberlo) año maldito.

Las noticias sobre Wuhan me llegaron apenas como un soplido; ¿qué es un soplido? La minúscula explosión de una pieza de aire exhalado que ni demacra el oído, y los míos sólo estaban llenos de los alaridos patrióticos de los trumpistas, una amalgama paradójica de nacionalistas de piel blanca y latinos que parecían creer que una gorra con la leyenda MAKE AMERICA GREAT AGAIN era equivalente a un comodín que sustituía la raza y borraba orígenes. YouTube poseía varias algarabías ocasionadas por ellos al grito de "Trump!!!". Puñetazos eran acomodados a casi todas las cabezas antifa, no lo suficientemente fuertes para reacomodar sus ideologías de ultra izquierda. Era más emocionante que un coronavirus que debía perderse entre los mares.

Capítulo 7

4

Fue este mes, la tercera falange del año, cuando comenzaríamos a hacer memes sobre el fin del mundo de nuevo. La resonancia del nombre “Wuhan” dejaría de ser un soplido para siempre, y su legado estaría en varios periódicos por semanas.

Cuando surcaba los restos del mes, ya estaba usando un tapabocas.

Capítulo 8

5

Cayó el primer mes que el 2020 devastaría. Abril se fijó en los calendarios. Protocolos de sanidad colmaban el inicio de mi página de Facebook, y de ahora en adelante todas las fotos de perfil llevarían un tapabocas; no me sumé a la lista, aunque me vi tentado.

Los espejos me devolvían la mirada siempre, inexpresivos. Ahora yo era marca KN95 y debía aceptarlo, lo cual no hice sino tiempo después, conforme los meses iban dictando sentencia en lugar de cuarentena. El primer día de abril transcurrió conmigo subiéndome a un vehículo manejado por un empleado de mi empresa que, sin quererlo, se convirtió en un chofer improvisado y sin propina. Las normas de sanidad nos obligaban a considerar la idea de negar nuestro pasaje al camión, el cual ya había cancelado dos filas en sus asientos con bonitas y brillantes etiquetas rojas con una equis blanca impresa en el centro. Menos asientos, no se traducían en más autobuses, pero sí se tradujo en duplicación de tiempo de espera parado como poste de luz en la acera, rogando porque de pronto todos los ciudadanos hubieran decidido no ir a trabajar en lo que restara de la cuarentena.

El vehículo de la empresa era cómodo, auto estándar de tecnología de punta, y con "punta" me refiero a que tenía aire acondicionado. Traspasábamos las nuevas leyes de las carreteras para meternos en colonias con casas en construcción cuyas entradas te las brindaba el Periférico.

Por momentos bendecía la mascarilla blanca de pico de pato, pues nadie veía la mueca que ocultaba. Cuando el mes de marzo moría ya había escuchado que muchas empresas pedían a los empleados no ir al trabajo. Dichosa sea la ironía porque meses después di gracias a cualquier Dios que me escuchara por el hecho de que no me mandaron a casa, pero por supuesto, las desgracias se sufren primero y se cuentan con una sonrisa después. No pasaba un día sin el cual, en aquel entonces, no pidiera que nos retiraran mínimo una semana y que luego nos hicieran volver. Una semana entera rumiando con los dientes apretados y ocultos. Claro que se podrá reclamarme que debía estar más preocupado por otro tipo de cosas, como aprenderme los protocolos para los espacios laborales, el galope en carreteras y calles, la cantidad de asientos ocupados por vehículo, y en qué consistía el riesgo de otorgarle mi alma al coronavirus si me atrevía a salir sin motivo alguno de mi hogar. Insignificante en demasía fue mi reacción al presenciar cortinas de metal negándole el día a sus interiores que por eternidades inconclusas descansarían del polvo y del dinero. Los transeúntes navegaban por las calles a motor y a pata. Las filas para

esperar el autobús podían parecer monstruosas serpientes desde el cielo.

El gobierno redujo el número de nuestras pisadas, pero no el de nuestras necesidades.

Viajaba en un automóvil que no era mío y que, por tanto, las preocupaciones por la gasolina tampoco residían en mi consciencia. Poco más que agradecer por no tener que esperar el autobús era suficiente.

Capítulo 9

6

Pasaron dos semanas y, más allá de una plaga de cortinas bajadas, candados puestos y cadenas mordeándose las colas, no sentía mayor preocupación que la de ir todos los viernes por una botella de alcohol. Poco placentero resultaba para mí darle mi lugar a metro y medio de distancia detrás de los talones del otro. El virus que exigió pleitesía a la humanidad entera se aterraba con gel antibacterial con olor a vodka y no podía ser burlado por una pistola que marcaba los grados retenidos en tu frente, y mientras me imaginaba cómo era vivir creyendo que esa cosa convertía tu cráneo en microondas, veía las realidades del interior. La plaza a la que iba, donde había un supermercado, poseía una abrumadora mayoría de cortinas de metal restringiendo miradas. Nunca las había visto de cerca. Una simple cortina, trabajando a destiempo; jamás se me ocurrió verla como un mal augurio.

Dentro del supermercado, todo parecía estar decorado con desalojo. Cintas amarillas arrinconaban cada entrada y salida de diversas áreas, convirtiéndolas en escenas del crimen; la ropa estaba restringida, la electrónica estaba restringida, el hogar estaba restringido. Únicamente los alimentos no cumplían sentencia; frutas y verduras y embutidos y filetes y helados y licores. Agarraba una botella de Jack Daniel`s o un vodka local llamado "Oso Negro", responsable del temor a la ceguera prematura en mi país.

Una vez pagada la botella, no tenía que pensar en cortinas de metal.

Capítulo 10

7

Apenas íbamos a mitad de mes y la vieja normalidad parecía una leyenda urbana, de esas que cuentan los ancianos que piensan que las nuevas generaciones deberán pagar por su inferioridad nata. Yo seguía sin reconocer la magnitud del capítulo que estábamos escribiendo en la historia. De pronto, las jornadas laborales se volvieron subrepticias. Sabía de negocios que impulsaban a sus trabajadores a la clandestinidad, entrando y saliendo de edificios y locales que eran vigilados cada cierto tiempo por la policía.

Comencé a pensar que debieron a arrestar a la mitad de mi empresa, pero luego resultó ser que teníamos permiso del gobierno, pues estábamos registrados como "negocio esencial", lo que en el diccionario explicaba que se refería a que debíamos tenerle fe a la poca firmeza de mascarillas con el elástico estirado y que era legal. También podía traducirse en que apretaba los dientes más seguido. Leí que en Rusia, el nuevo zar estaba dando vacaciones pagadas a los ciudadanos para evitar una propagación del virus; Rusia, una de las naciones más autoritarias que habitan el mundo moderno y que, según expertos, es una de las razones por las cuales sigue teniendo un pie atorado entre los fangos del tercer mundo. Y mientras el país más grande del planeta podía relajarse con té negro, yo seguía yendo a trabajar, esperando por no empezar a toser más de tres veces seguidas.

Claro que el bebercio era un cruel ajustador, pero al menos era fiel. Ningún futuro me alentaba a preocuparme, ningún futuro parecía oscurecerse mientras iba y regresaba del trabajo. Había cubrebocas y cortinas metálicas; había suerte y esperanza, había planes bautizados según el orden del abecedario y fe arbitraria.

Nada me parecía más grave hasta ese momento que la privación de las segundas mitades de nuestros rostros a terceros junto con el perímetro de noventa centímetros que apenas repelía. Para aquel entonces, seguía regodeando mi ego con una novela que llevaba meses de haber terminado, pero que aún no encontraba casa editorial que lo publicara. Eso y mi nueva arrogancia que me dictaba que todos esos temores por nunca poder escribir una prosa como era debido antes de darme a conocer eran infundados, viles fantasmas entre la neblina de la desconfianza y la inmadurez, ahora relevados por los fantasmas de la confianza y la inmadurez. Recién estaba entendiendo el poder de la idealización que aprendes a desterrar cuando comprendes que eres un novato con un lápiz, esa idealización que casi te destruía los dedos cuando terminabas de leer el párrafo de cuatro líneas que hasta hacía apenas cinco minutos parecía tu pase a la confianza y tu salida del autodesprecio. Cuando

entiendes las cosas o crees entenderlas, después de haber visto neblina por sus senderos durante tanto tiempo, cualquier futuro puede desdoblarse para darle cabida al ego. En cuanto terminé esa novela, sabía a la perfección que no era ningún futuro candidato al Nobel o al Pulitzer, incluso pensé que la crítica encendería una fogata sosteniendo todas juntas las casi doscientas páginas que me llevó ocho meses de intensa redacción y laxa corrección; pensé en las impías reseñas de booktubers destruyendo mi obra. Pero nada de eso me preocupaba; mi opera prima estaba lista, ¿cuántos años fascinado por el término? Podían lloverme piedras cubiertas de fuego, no me importaba. El primer paso ya estaba dado y en cualquier momento llegaría el siguiente, y lo estaba ansiando. Placer de un presunto novato, un placer que ni diez nuevos tipos de pestes iban a quitarme.

Dios me vio y me dijo: vaya si eres pendejo.

Capítulo 11

8

Semana santa. Abril santificó su viernes, el mismo viernes que la empresa nos hacía no ir a trabajar, y yo había pedido un día de vacaciones, el sábado que secundaba el día santificado, y, por ley de Dios, los domingos siempre son vacíos para responsabilidades laborales. Extasiado por la tercia de ocio que me esperaba, ya tenía planeada mi rutina saliendo del trabajo el jueves. Mi compañero me dejó en el Chedraui de Ciudad Caucel, fui directo a la zona de licores; no me apetecía el autocontrol, pero sí la potencia del exceso. Compré una botella de ron Havana Club Añejo Especial luciendo su esplendor quemado y un Jack Daniel's clásico, además de cinco latas preparadas nacidas de las costillas del Jack; tres latas con whiskey mezclado con ginger ale y dos con Coca-Cola. Salí sonriendo como el niño que terminó de avorazarse los regalos de navidad y pedí, gustoso, un taxi. Cuando llegué a mi casa y esperaba los reclamos clásicos que me acusaban de dilapidar catorcenos en la inversión para destrozarse mi hígado, poco fue lo que debía preocuparme, pues mi tío y mi primo estaban en casa, y aquí, compartirán ficha de anonimato. La sobriedad no estaría vigente con nosotros aquella noche de abril, nunca lo estaba cuando ellos estaban de visita. Mi papá me enseñó el refrigerador; latas de cerveza acopladas como sardinas, se requerían decenas para contarlas. Me serví una lata de Jack con ginger ale y una cerveza y una copa de ron.

Iba con tapabocas al trabajo, neblinas nacidas de mi aliento enturbiaban mis lentes, todo alrededor era una cárcel, pero ese jueves parecía haberse hecho inmune a la realidad.

Dormí feliz.

Capítulo 12

9

Viernes santo y me levanté a las ocho y media de la mañana; vi las manchas de sol en mi cortina cuando sonó mi alarma. Huevos estrellados y tocino, cortesía de mi madre. Mañana cálida; no tenía nada especial que ofrecerle a la humanidad más que unas horas de más en la casa, vegetando en mi cama y dejando que Netflix consuma mi intelecto. Sólo pensé en la dulzura de un día de descanso y que sólo se disfruta al tope sabiendo que al día siguiente hay otros dos en espera.

Ni una sola noticia había dicho que la cuarentena estuviera al borde del final, ni radio ni tele, y tenía mis dudas sobre la calidad de conocimiento médico de López Obrador, así que mi humor no estaba contaminado con ninguna noticia que se tradujera en buena o mala; se respiraba paz y le rendía cuentas a la calma mientras doblaba mi ropa y bebía una lata de Jack. Veía series en Netflix y videos aleatorios en YouTube a los que no les prestaba mucha atención; estaba demasiado ocupado disfrutando del buen humor. Por primera vez en semanas, el futuro tan incierto tenía una certeza, incluso sabiendo que el lunes volvería a aprisionar mi aliento con un cubrebocas, era tan lejano ese lunes como el último día de la sentencia universal que nos impuso el coronavirus, al menos durante ese momento. Pensaba sin medida alguna en ideas para cuentos y relatos, de los cuales me enamoré durante la universidad; ya tenía como quince posibles colecciones trazadas entre neuronas. Mi mamá hizo de comer una deliciosa tinga ese día que disfruté con una cerveza recién rescatada de los reinos del congelador y brindé con mi padre y mi madre y con mi hermanito, quien ese mismo año, un mes antes de que se declarara una pandemia, ya estaba avalado por las leyes para enviciarse con sustancias si lo deseaba.

Me pasé la tarde en mi sala, leyendo párrafos ya desprovistos de sorpresa o suspenso de cuentos que ya había leído hace algunos años, esa clase de lecturas que te recuerdan que has escogido un oficio que te mata la autoestima al mismo tiempo que la endurece.

Capítulo 13

10

Sábado. La misma realidad alternativa, exenta de la real. Queso con chorizo sembrado en una sartén que se dejaba contemplar en medio del comedor. Mi padre haría hamburguesas pasando el mediodía. Yo dedicaría la mañana a la inutilidad, en entera sobriedad y bebiendo exclusivamente agua. Vendría mi primo con su madre; el último desafío al régimen de Mauricio Vila antes de encerrarnos en el ostracismo por meses. Era poco lo que pensaba respecto a nada. Mientras escribo estas líneas y hago malabares con las opciones respecto a si publico este texto o no, intento decidir si sentí lo apropiado aquel día, y con decir "apropiado" no me estoy yendo a la jaula del mártir, sufrir por que otros perecen, sufrir porque padres de familia, el día de hoy, permanecen en las sombras del desempleo y la desintegración o en el cuaderno de cuotas del "virus chino" (algo bueno dejó Trump); hablo de si debí adoptar la actitud del hombre serio y entender que, pasaran los días o semanas o meses que pasaran, nada se asemejaría a lo que fue la vida antes de que aquel individuo entre las tierras europeas comenzara a toser. Este año podría haber sido diferente para mí y mi familia de haber adoptado la actitud necesaria cuando me sentía en plenitud de la benevolencia del universo.

Ahora que retomo el tiempo que abandoné hace un momento, todo lo anterior me parecía irrelevante, como lo era cualquier pena que pudiera sentir hacia los desafortunados y la que ellos pudieran sentir por mí.

Devoré tres hamburguesas de una res bendecida por la jugosidad y un asador viejo que nos ha acompañado por varios años. Aventajada la tarde, mi madre y mi tía platicaban entre ellas mientras los hombres discutíamos la propaganda de un Hollywood pugnaz hacia la mitad del mundo y de cómo Top Gun no sólo podía ser la historia de un homosexual fingiendo atribuirles chaquetas a los cuerpos de las mujeres, sino que era una declaración de presuntas victorias estadounidenses sobre cualquier país que construya una presa lo suficientemente fuerte como para que el dinero gringo no fluya y para que los soviéticos entendieran que eran una pila de escombros y basura antes de que 1991 los obligara a entenderlo. Claro que no tomamos agua. Devoramos la mitad del whiskey y del ron, hasta el llamado de la noche.

Capítulo 14

11

El domingo, me desperté con colonias de saliva envilecida rigiendo mi paladar; acabé con su reino de varios escupitajos y gárgaras de Listerine. La resaca no llegó por suerte, hallé mi cabeza en su lugar y mi estómago también. La cochinita es ley los domingos. Día tranquilo, apenas importaba, pero juré no dejarme recurrir a la tristeza de esperar el mañana. Tres días seguidos para alguien con mi trabajo y mi paupérrima longevidad sonaba a demasiado buen azar, o lo que es peor, a escaso; pocas veces en el futuro tendría esas chances. "Bienvenido a la vida adulta" solía decirme mi padre cuando recién conseguí trabajo, cuando recién comencé a odiarlo, cuando recién comencé a saborear las horas extra gratuitas que me hacían darles de vez en cuando, cuando a lo mucho me tomaba unas cuantas latas de Jack Daniel`s cada domingo, sin tener que imponerme límites porque ya estaban establecidos. En el 2019 apenas había acumulado veinticuatro años de vida. Supongo que la vida adulta debe empezar odiando las decisiones que has tomado o las que no tomaste.

Me distraje, pero recuperé el sendero antes de que esto se convirtiera en una autobiografía no autorizada.

Estaba hablando de un domingo que fue trazado con melancolía y euforia; la luz de día estaba al tanto de mi situación así que alargó su jornada (o quizá la hizo más corta). Dejé que la mecha se prendiera viendo Netflix y la televisión por cable, tomando simplemente refrescos o agua. Pasando el mediodía, eché un vistazo a la cocina; el ron estaba vacío, así que sólo contaba con unos cuantos centímetros de Jack, los cuales ingerí en una tarde. Pedimos pizza para rematar el fin de semana.

Me fui a dormir sonriendo.

Capítulo 15

12

Creí que era broma, pero desde el sábado de ese mismo fin de semana, Mauricio Vila decretó la ley seca.

Capítulo 16

13

Mi padre trabaja en el aeropuerto; es mecánico de aviones. Aproximadamente, le ha dedicado a su oficio los años que llevo fuera del vientre de mi madre. Vi una luz que no recuerdo en un hospital privado, se me enseñó a hablar, a jugar, a llorar, a respetar y a soñar en una casa de un solo piso, con dos habitaciones, un baño, un lavadero espacioso, una cocina y una sala que tenía de siamés el comedor, además de que la cocina estaba seccionada por una barra desayunador que jamás usamos. Había muebles, había electrodomésticos, había televisiones y mi cuarto siempre estuvo repleto de juguetes. No tenía una pantalla plana, pero tenía una televisión que funcionaba y portaba tv por cable, mismo privilegio que la recámara de la sala y la del cuarto de mis papás poseía. Un Tsuru y un Stratus viejos delineaban los mapas diarios de nuestra vida en el exterior. Jamás tuve que usar ropa empapada de agujeros porque mi mamá inmediatamente iba a comprar más. Sólo cuando cumplí once años fue que pude ampliar mis opciones de ocio con un Gamecube y una computadora cuyo teclado era machacado por toda la familia. Por más de veinte años, mi estómago nunca tuvo que resentir la ausencia del desayuno, la comida o la cena. La opulencia me es tan ajena como la miseria. La sobreprotección me es tan desconocida como la negligencia. Padres trabajadores y cariñosos. Veladores de una comodidad, si bien no perfecta, sí estable. Incluso cuando mi padre se quedó sin trabajo, cuando emigró con visa de turista a los Estados Unidos, en la época en la que Bush Hijo sodomizaba cada metro cuadrado de Irak, jamás me vi afectado. Mi papá vivió un tiempo ahí, más de un año. Jamás pisó las sangrientas arenas de la frontera, jamás tuvo que otorgar su suerte al río y a su frialdad nocturna, jamás tuvo que pasar como mercancía clandestina las patrullas fronterizas con automóviles que portaban placas de cartón, jamás fue arrastrado por las oscuras sendas de las entrañas de la tierra acobijando su visión con una precaria luz cálida en una mano. Él simplemente subió a un avión y cruzó a Texas. Al poco tiempo comenzó a trabajar... sin permiso para eso.

Estuve sobre el regazo de la clase media (baja) toda mi vida gracias a la labor de mi papá dentro del aeropuerto; labor que este año volvía a verse asediada por altas dosis de infortunio y despidos.

Capítulo 17

14

Para finales de abril, ya era oficial que el aguinaldo de mi papá sólo sería un mito, sus quincenas se verían rebajadas como quien fusiona cocaína con harina. Lo mandaron a la casa, despojándolo de su uniforme por más de una semana; por una vez en más de un siglo las aves sabrían lo que se siente volver a ser los reyes de cada cielo y cada nube y cada corriente de viento; con fronteras atrincheradas, de poco sirve un avión, y en ese momento servía tan poco como un mecánico que lo atendiera.

En cada país de este planeta, rodaban más cabezas que nunca en la historia; para los países desarrollados y en vías de desarrollo, el desempleo era la peor guillotina... y ahora mi padre podría estar en la fila en un instante.

Capítulo 18

15

Las agencias de pronósticos que mi mamá administraba ya no estaban fluyendo, así que mi sueldo era sagrado. Es entonces que rogaba porque jamás me mandaran a casa en horario laboral ahora, es por eso que bendigo el haber permanecido lejos del club de cuarentena. Atribuí una cantidad considerable a las cenas y los desayunos, más los gastos generales como el internet y la televisión satelital que consumía una vez al mes. Lo cierto era que no podía quejarme, seguía teniendo suficiente, además de que los ahorros de un año, derivados de acumular monedas de diez pesos en un garrafón adaptado para la labor de una alcancía, solventaron varios gastos por más de dos meses.

Capítulo 19

16

Creendo que lo peor que podía pasarme era la ley seca, que me tuvo sometido al clandestino por semanas, comenzaron a rodar cabezas en mi trabajo también.

Capítulo 20

17

Piensas en la longevidad y luego piensas en la salvación; piensas en la identidad del neófito y piensas en la guillotina. Integrantes de mi departamento que llevaban apenas mes y medio con nosotros fueron desterrados de sus puestos, casi la mitad fue relegada al exilio. Lógico y práctico, así sonaba, lo que jamás entendí muy bien fue el porqué del despido de trabajadores que habían dado lealtad a la empresa por más de diez años, esos que el día anterior había visto por los pasillos platicando como si nada con sus compañeros y al día siguiente pareciera que una eternidad poseía su ausencia, como fantasmas o falsos recuerdos.

Yo seguía caminando por los pasillos blancos y los almacenes que desprestigiaban cualquier medida de seguridad conocida por la inteligencia del hombre, tanto hace décadas como bajo la lupa de la nueva era que nos relegaba a una higiene perpetua.

Me había visto indagando en que se me daría un aviso que confirmaría que mi sentir a la empresa era justificado, que se me tocaría la espalda y un dedo desinteresado apuntaría al departamento de recursos humanos donde cualquier excusa ya había sido dicha mil veces y la indignación ajena era un trámite pleno.

Mi silla, la computadora de última generación que pude tocar gracias a haber metido mi CV con modestias pulidas y porcentajes algo desmedidos que calificaban mis habilidades, ambas seguían ahí para mí; no, a la chingada, a quién engaño; yo era el que seguía ahí para ellas. Una parte de la vida adulta también consiste en entender que sigues siendo una herramienta, y el kit que te entreguen sólo está completo cuando lo tienes entre los dedos.

Capítulo 21

18

El internet en mi casa, una tercera parte de las bolsas del supermercado, el cable, la condena de quince meses para poder saldar la compra de mi Huawei, y el saldo por los watts que utilizo de luz, eran todos los puertos en los cuales se refugiaba mi salario de oficinista. No lo nombré, pero es obvio en qué se iba una parte de lo que restaba. Claro que tenía un fondo de ahorro, una cuenta privada; una cangurera que tenía almacenada en mi librero, donde la confiable y práctica seguridad avanzada de un cierre me daba acceso a la devaluada moneda de mi país.

Las guillotinas seguían colocadas al borde de nuestras fuentes de ingresos. Mi padre aún estaba padeciendo la rutina del desempleado sin serlo todavía, pero con el puesto a la vuelta de la esquina.

La rutina de mi madre era nocturna; cada noche tomaba el Versa e iba directo a las agencias de pronósticos para sacar el corte del día; las jergas de dicha labor siempre se me hicieron un lastre para mi memoria y una puñalada para mi entendimiento. Una vez quiso enseñarme cómo debía ser el procedimiento para facturar quinielas; todos los clientes llevaban combinaciones de dígitos bendecidos por santos o maldecidos por brujas, tocados por la fe del portador o injuriados con la peste del malagüero. Había un proceso para utilizar la máquina mágica que cargaba con todas esas esperanzas codificadas en combinaciones de seis números; era aburridísimo. Lo desechaba con la rapidez que desechas la orina. Por suerte para mi mamá, consiguió personas que no lo hicieron. Ella debía ir y verificar cuánto dinero habían acumulado.

Roberto Fontanarrosa dijo una vez que el dinero es el único Dios sin ateos, si han visto cómo se hinchan de personas y rezos las iglesias, sabrán que los pronósticos son de la descendencia de la lotería, esa pequeña mezquita que te promete dinero seleccionado por el azar y la maña. Filas nada modestas de personas con sus números en la mano iban a los estancillos, y ni siquiera el santo metro y medio de distancia los salvó de la prohibición de abrir cortinas.

Mi madre, por varios meses, tuvo que optar por la rutina de mi padre. Nadie se queja de tener que dejar en el abandono la alarma y de sucumbir a las horas soleadas de la mañana en plena inconsciencia. Son la prolongación y la incertidumbre las que comienzan a hacer que los días tengan menos horas y la inminencia rompa puertas y ventanas.

Por quincenas, muchos pares de quincenas, yo era el único que se despertaba para ponerse un uniforme. Creo que no fue sino hasta finales

de mayo que comencé a dar gracias de que nadie consideró necesario darme vacaciones sospechosas.

Capítulo 22

19

Hablando de mayo, a estas alturas del 2021 no recuerdo con exactitud que consistencia tenía el ambiente para aquellos días; como si fuera a presentar variantes significativas.

El estrés no secundó nada que no fueran más preguntas con respuestas ausentes. Siempre gocé de jactarme por mantenerme fuera de los terrores más antiguos de la sociedad moderna, incluso cuando me dieron mi seguro social; y por supuesto, qué podía importarme que los chinos cocinaran ese murciélago; pero ahora, ser adulto era otro clavo en la cruz. Las noticias en la internet, en la radio, los encabezados cuyas sentencias eran de tinta negra en los estantes; todo eran fotografías de un mundo cuya mitad del rostro parecía querer perecer en el anonimato de una mascarilla.

No leí nada sobre ninguna cura.

Capítulo 23

20

Recuerdan esa promesa sagrada que Hollywood le ha hecho creer al mundo por décadas, desde que los blancos tenían que interpretar personajes de raza negra en el celuloide, cuando los norteamericanos, que monopolizaron el nombre entero del continente, nos prometían un edén donde el mundo jamás sucumbiría ante amenazas de este planeta o de otro. Poco se piensa ahora de esas películas donde los posibles nuevos colonos que arriban a nuestro espacio aéreo desde galaxias donde siquiera se soñaba con seres como nosotros, venían para plantar una bandera sobre las arenas de nuestras playas declarando esta una colonia. ¿Dónde estaba ese Estados Unidos eternamente aguerrido para plantarle cara a todos los problemas que orbitaran la senda del ser humano? ¿Dónde estaban aquellas promesas que se encargaron de vaciar taquillas en los veranos? Por supuesto que muchos ya sabíamos que eran sólo ególatras declaraciones que podían disfrutarse con palomitas y una Coca Cola; pero vaya que fue decepcionante ver a Donald Trump negándose a usar una mascarilla sólo para no darle el placer a los demócratas de verlo doblegarse ante un ente viral al que no podía ponerle aranceles, y a sus partidarios arriesgando sus pulmones porque no podían esperar para ir a cortarse el cabello.

La Ley Seca seguía vigente.

Capítulo 24

21

Las postrimerías de mayo llegaban; su turno de este año estaba por terminarse.

Por momentos, todo parecía estar a punto de terminarse.

Antes de entrar a junio, me enteré de una de las últimas noticias en Estados Unidos.

Un hombre negro llamado George Floyd había muerto.

Capítulo 25

22

Cuando miré al norte del continente, el vecino de América Latina estaba en llamas.

Capítulo 26

23

El aire limpio de junio habitaba en nuestras fosas nasales. Los panoramas que ofrecían la inactividad con cortinas metálicas bajadas seguían en vigencia; la falta de caras descubiertas también; la dipsomanía se mostraba facinerosa. Para apoyar la campaña del 2020; un policía estadounidense decidió tomarse su tiempo con el cuello de un afroamericano. George no podía respirar.

I CAN`T BREATH decían los carteles sobre las cabezas de los manifestantes que poco después comenzaron una segunda pandemia: la del fuego y la violencia. Abstendré las opiniones que puedan escurrirse entre las teclas de mi laptop, pues cualquier palabra que dibuje desequilibrio en la balanza, cualquier peso extra que yo decida añadir, se convertirá en aplausos o en una soga alrededor de mi cuello de tibio.

Las llamas destrozan la calma y purifican la pasividad perdida entre las calles llenas de gente que están hartas de un legado que dejó "el hombre blanco", el mismo que ha tenido que ver como su negocio o su casa o su barrio se llenan de exigencias de justicia y se cuelgan un rifle al hombro para evitar que una furia a la que son ajenos no los contamine, pues parecían creer que suficiente contaminación ya había en el aire esos días.

¿Un legado de violencia se detiene con más violencia? Bueno, es obvio que no se detiene con inacción.

Capítulo 27

24

Las mieles del internet son tan dulces que pueden mitigar cualquier dolor en cuestión de segundos, los mismos segundos que bastarán para que una carcajada sonora se desentienda de tu boca y tus pulmones, para que devuelvas la cabeza a la espalda y continúes aplazando el terror que conlleva una presunción del Apocalipsis.

A veces pienso que el internet es el arma de destrucción masiva más poderosa que se haya creado, un arma que los libros de historia jamás mencionarán como tal. Puede destruir miedo y expectativas, o puede ampliarlos, ya la mente se encargará del resto.

Cientos de miles de personas respiraron por última vez en hospitales de primer mundo carentes de expertos del coronavirus y en hospitales de tercer mundo carentes de expertos.

Hace varios años me familiaricé con la primera película de zombis no desarrollada con los presupuestos bíblicos de Hollywood que no había visto; en México se le rebautizó como Exterminio, una abreviatura generosa a un título primigenio que decía en las carteleras inglesas 28 days later, con Cillian Murphy antes de ser recordado como Thomas Shelby por la generación Netflix. Un guion flojo, aunque sobrio, con actuaciones que rescatan una trama parchada por tópicos comerciales y temerosos, pero siempre seguros. Decenas de cuerpos cubiertos por bolsas especiales esparcidos como las teclas de un piano en el concreto frío de Londres. El silencio paseando libremente por las calles, sin nadie que perturbe su andar. ¿Cuántas veces la ficción dibujó los planos para que la humanidad tuviera un futuro al cual voltear?

Algunos meses después, la escena de los cuerpos recolectados, tal cual peones en el tablero, se convirtió en meme.

Bromeaba con mi padre respecto a los exiliados del salario mensual y que probablemente estaban siendo revestidos con gasolina y siendo el fuego su destino, ennegreciendo el olor a hierba y humedad del estacionamiento principal del corporativo.

Lo cierto es que ni en nuestro país se permitiría tal cosa... al menos no hasta que López Obrador convirtiera a México en la tan ansiada Venezuela de los derechistas que siempre mantuvieron a la vanguardia la violencia y el oscurantismo. El país que amo ha estado en cuarentena más de setenta años; nadie quiere contagiarse de una bala perdida. Nadie quiere contagiarse de la verdad. Es más fácil llamar "chairo" o "fifi" al otro, incluso sin saber qué significan ambas palabras, pero la sociedad que

plantea el internet es tan tentadora cuando las repite, que quieres reducirlo todo a un meme, esos pequeños cuadros que se convirtieron en las nuevas manecillas para medir el día. La vida entera puede resumirse en un meme; por un momento, el caos genera orden cuando ves al gato comiendo ensalada. El terror siempre es negociable.

Capítulo 28

25

Ya diseminado tanto tiempo desde que las teclas de mi laptop volvieron a labrar estos recuerdos que casi saboreo con delirio a veces, vuelvo a ponerme el grillete de mi prosa, la cual interrumpí por algunas semanas.

Estábamos al pendiente de las hecatombes de junio. La exactitud no me precede para relatar esta parte, pero poco había cambiado para entonces y todos respirábamos la incertidumbre, la ansiedad, la tristeza, el luto, el infortunio y un largo y cínico etcétera. Todo en el aire se había vuelto venenoso, y quienes sigan mis palabras sabrán que una simple tos basta para que la oscuridad nuble la visión y todos los ojos alrededor te arrinconen.

Lo que sí recuerdo con claridad es la lluvia, con la misma rutina que le fue concedida por siglos. Hace años que no escucho un trueno, o al menos, hace años que no le presto atención a alguno. Mientras las gotas embravecidas diluían el parabrisas del vehículo y cada curva lucía un tono suicida, miraba mi ventanilla, viendo al mundo caerse, cada gota que la gravedad exigía dibujaba una de las alegorías más vivas que hubiera visto, porque estaba seguro que todos veían al mundo caerse al padecer esas lluvias de junio. Por primera vez, sentí tristeza al mirar al cielo gris.

Capítulo 29

26

En mi casa, todo un arsenal de mascarillas estaba predispuesto a ser usado. Mi padre se había vuelto a poner el uniforme. Mi hermano les suplicaba a los paupérrimos megabytes del módem mafioso que teníamos que por favor dejaran rodar la internet sin interrupciones; no era primera vez que Google quedaba paralizado sin importar cuantas veces quisiéramos resucitarlo con ráfagas de clicks.

Mi madre retornaba a su senda nocturna para recopilar las ganancias de esas máquinas proveedoras de azar. Los horarios que dictaban mi vida no sufrieron alteraciones masivas más allá de dos o tres sustituciones negociables como hacer ejercicio o el turno de la cena. Por las tardes, la ciudad completa era un espejismo hecho jirones. La melancolía mojaba mi mano cuando la sacaba por la ventanilla mientras anhelaba la otra mitad de mi rostro; lo sentía secuestrado, como un robo de identidad. El coronavirus nos robó las identidades, nos robó las personalidades, nos robó la estabilidad, la voz, la coherencia, la certidumbre necia e ignorante a la que necesitábamos acostumbrarnos naturalmente. Nos deshumanizó para convertirnos en ganado.

Capítulo 30

27

Un cuchillo partió a Julio como a un pez y nos dio la cola. El verano seguía manufacturando nubes grises. Mi ánimo caía más despacio que la lluvia. Continuaban yendo hasta mi casa para colocarme en mi escritorio. Cada trayecto me ensimismaba. El asiento trasero, incluso con un compañero secundando algún hombro, parecía aislado, segregado de las voces y sus inhalaciones; sólo olía las mías. Los negocios no abandonaban su nuevo ritual, el cual, estaba seguro, parecía ser parte de las creencias con las que nacieron, un rezo, una plegaria. Podrían, al igual que yo, ver sus actividades previas a la pandemia como una vida pasada. Pareciera que nací con mascarilla, que crecí usando una; bien pude haber realizado mis prácticas profesionales usándola; mis gafas no se convertían en una tormenta con cada respiración. No usaba lentes en aquel entonces, aunque la laceración en mi vista comenzaba a proceder, así como tantas vicisitudes que no sabía que estaban enclaustradas en mi alma. Ahora, ya no puedo someter mi miopía con la misma facilidad, pues prefiero guardar los lentes, esos que compré a mediados del 2019 para mirar al 2020 con cada cosa encajada en lugar, sin que mi ojo izquierdo sumergiera en un tanque de agua las lejanías de la ciudad y sin que el derecho convirtiera aquellos objetos cercanos en insinuaciones y paletas de colores masticadas por el aire.

Hablando de masticar; la furia seguía siendo un chicle al que el sabor no se le acababa; sentía que la quijada se me corroía con cada minuto que estaba sentado en ese escritorio, al cual llevaba ya cuatro años confesándome. Desde antes que el COVID se desplegara, ya estaba resintiendo lo que es odiar mi trabajo, y luego caer en está esquizofrenia de cuello blanco en la cual ya no sabía si odiaba a mi trabajo o al imbécil y apático miope que robaba mi identidad en todos los espejos. Durante las lluvias y las gripes siniestras que aumentaban el marcador, pareciera que me salía un segundo corazón, uno que en lugar de bombear sangre la absorbía. Ese corazón no se hallaba latiendo en mi pecho: estaba en mis sienes, en mi frente, en mi quijada, en mi estómago, en cada esquina acomodada de mis miembros. El resentimiento al "Yo" que dormía en mi cama parecía ser un apéndice enfermo; no poseía utilidad, pero ahí estaba. Pensé que poco podía quejarme, pues gracias a esa sensación la tinta y el papel también hallaron lugar en el cuerpo para acomodarse. Muchas de mis mejores ficciones se escribieron con ese segundo corazón, aunque mi alma se descompletaba de vez en cuando por el mismo factor, cuando las teclas clamaban por descanso y consideraba que las crisis existenciales ya eran un capricho sistemático por la extraña infraestructura que cimentaba las ideas de estas manos que teclean, a veces como un maldito dios egocéntrico y solipsista que superó a todos los colosos de las literaturas extranjeras con poco, y otras veces como el

engreído pueril que entendía que, a tantos metros o kilómetros, había un nuevo Hemingway o un Rulfo resucitado que lo desmembraría vivo en cuanto sus mundos colisionaran, ese engreído que sólo podía ofrecer la generosa digestión de pensamientos de personas que ya le habían pasado por encima sin que se diera cuenta.

Amo mi sombra, odio mi reflejo, pero no por eso dejó de caminar por las calles de noche ni de presenciar las latitudes de mis facciones traduciendo sentimientos.

Y ahora, implantado a todo eso, el puto oxígeno puede matarme.

Capítulo 31

28

Año y medio. Ese es el tiempo que me mantuve exiliado de mis propias palabras dentro de este archivo sin identidad verdadera. Los químicos de mi cerebro diluyeron mi humanidad a la mera supervivencia. Ahora, vuelvo a recitar los cantos de la realidad, triste, cruel, divertida, sedienta, enajenada de sí misma, la misma realidad que vio emigrar rutinas y perspectivas que ahora se pueden considerar pueriles debido a su inconsciente inocencia. La lógica guía mi camino en lugar de la malsana certeza del infortunio, una tortura casi autoimpuesta por nuestras propias neuronas.

Capítulo 32

29

Este fragmento es especial; porque es el primer fragmento que cimienta el 2023.

Capítulo 33

30

Una depresión desarmaba mis pensamientos para que no pudieran encajar en ningún lado; ni junto a la lógica, ni junto a la locura. Cada próximo paso se refugiaba en la inacción y el ensimismamiento para no poder volver a ver un solo centímetro de esperanza más allá de ponerse los zapatos o tener los dientes limpios. Odiaba la idea de escribir porque sentía la confianza como una mentira autoimpuesta, un sentimiento que sólo podía traducirse como privilegio. Así que refugié mi cordura en apatía y series de Netflix. No ser merecedor de tu propia seguridad; quizá esa sea la pandemia que debimos atender antes.

Capítulo 34

31

Soy díscolo para la sintaxis; a veces prefiero la manipulación mezquina de las palabras bonitas del (casi) buen orador a la contundencia de la brevedad y el contenido. Estas notas que desprecian el orden se rigen bajo la falta del control o de siquiera una guía que auspicie a la coherencia narrativa. Me atrevo a decir que este es el único texto que he podido improvisar sin tener que meterle un tiro en la nuca luego de tres páginas, y por esa falta de compromiso con la que se mueve el cursor, es que me he tomado la libertad de compactar casi dos años dentro de una cápsula fantasma que deberán tomar con leche o agua o coca cola o alcohol.

Aunque sí hay un dato a resaltar.

Capítulo 35

32

El 25 de junio del 2021, a las 8:15 de la noche, mi padre falleció.

Capítulo 36

33

Durante el año de la sentencia, veinte y veinte, no sabía que esa iba a ser la última feliz navidad que le desearía a mi padre. Cuando el año nuevo se instaló en los calendarios, el veinte-veintiuno había iniciado su reinado. Realmente sólo parecía una extensión de la postrimería de la década pasada, como un cadáver dirigido por los comienzos de la putrefacción. Continuaba yendo al trabajo contra las maldiciones de la lógica y la auto conservación. Enero prevaleció por seis meses, o sea que el 2020 llevaba plantando sus semillas dieciocho meses ininterrumpidos; los mismos dieciocho meses en los que la buena fortuna decidió que era hora de mandarme a la mierda.

Durante los últimos respiros de mayo, comencé a toser de más.

En junio, un hisopo alargado reptó por mi cavidad nasal derecha, como si la mano impregnada de látex quisiera buscar el fin de los tiempos. Media hora después, me retiraron del trabajo en pleno medio día.

Capítulo 37

34

El COVID engendró sus memorias dentro de mí; mientras que hizo las mías una de las peores etapas que podría almacenar en los rincones del cráneo.